

Presentación del libro
Los anarquistas y el movimiento obrero. La alborada de 'La Idea' en Chile, 1893-1915, de Sergio Grez Toso.

Nibaldo Mosciatti

Santiago, Sala América de la Biblioteca Nacional, 6.8.2007

Ante todo, quiero agradecer el honor de presentar este libro. Agradecer a su autor, Sergio Grez, por haberme escogido.

La obra rigurosa de Sergio, el énfasis de escudriñar la historia desde la perspectiva de los trabajadores, de los humildes, de los marginados, son para mí una distinción, porque, supongo, es también un guiño a la forma como siempre he entendido mi oficio, el periodismo.

Lo primero que me gustaría señalar es que estamos frente a una investigación exhaustiva, rigurosa, profesional, que trae luz sobre la historia del movimiento obrero chileno y, también, sobre el anarquismo en nuestro país. Un rigor que uno echa de menos en tantas actividades en nuestro país.

Este libro, que según me contó Sergio, es el fruto de algo así como de 5 años de trabajo, tiene el mérito de no conformarse con las versiones ya existentes –y que, en ciertos casos constituyen hasta mitos de nuestra historia–, e ir a las fuentes documentales para contarnos de la influencia que las ideas ácratas tuvieron en el movimiento social. Este libro se abre, como toda buena investigación, a un diálogo con otros autores y otras ideas. Es firme en la señalización de los errores en que incurrieron otros libros que trataron el tema, pero, sin descalificar: propone debate y coloquio.

Este libro tiene esa cualidad principal: la seriedad de la investigación.

Pero también, hay, a mi entender, otra gran cualidad en esta obra: desde ese rigor, el autor también es capaz de mostrarnos cómo eran, humanamente, esos idealistas que soñaban con una sociedad sin Estado, sin clases y ordenada desde la bondad y solidaridad de la especie humana. Un grupo, que también Sergio, delimita. Un grupo muy pequeño.

Son enternecedores los perfiles de nuestros primeros anarquistas, “mis anarquistas queridos”, como decía Alfredo Zitarrosa en su disco “Guitarra Negra”.

A través de ellos, Grez ofrece un panorama del Chile de los humildes de comienzos del siglo XX, de la precariedad de una sociedad que, siempre, a la hora de la verdad usaba a las fuerzas policiales y armadas para defender las prebendas de los poderosos. Palos a los que exigen derechos, palos a los que solidarizan con ellos, palos a los distintos.

El anarquismo, que a veces algunos toman como un traje a la moda, es, a todas luces, algo muy serio. Creo que no hay cosa más difícil que ser auténtico anarquista o auténtico cristiano. Es entregarse completamente por los demás. Y aceptar la estigmatización y los palos. Honor, por ejemplo, a Clotario Blest.

También hay que decir que, incluso hoy, acudir a la expresión del anarquismo es una forma fácil de descalificación. En el anarquismo hubo muchas expresiones: desde pacifistas, tolstoyanos, sindicalistas, hasta hombres seducidos por la violencia como único camino para terminar con una estructura de poderes que sólo, estimaban, sirve para perpetuar los privilegios de unos pocos.

Yo siempre pongo como ejemplo de esa diversidad a un héroe del combate naval de Iquique, a Arturo Fernández Vial, que llegó a contralmirante, y que era un hombre bueno, que medió y logró que se atendieran las demandas de los trabajadores en la huelga de Valparaíso del año 1903, que una vez jubilado fundó 11 escuelas nocturnas para obreros, que impulsaba el culto al cuerpo sano y combatía el alcohol, flagelo de la clase trabajadora, y que era partidario, a comienzos del siglo 20, de la existencia de playas nudistas. Un héroe olvidado porque sus ideas son, por cierto, perturbadoras, porque los héroes no son, en este país, anarquistas.

Este libro es, también, muy actual. Porque los anarcos fueron los primeros en levantar temas que hoy son actuales. No deja de ser interesante constatar, al leer las páginas del libro de Sergio Grez, que los anarquistas fueron los primeros en el país en

levantar consistentemente la demanda por igualdad de la mujer. Fue un tópico repetido en sus publicaciones.

También, además de las demandas por la dignificación del trabajo, los anarcos protestaron por expoliaciones de tierras de que eran víctimas comunidades mapuche. Unos adelantados.

Dicho lo anterior, hay que concordar, como lo señala Grez, en que los anarcos fueron pocos, incapaces de organizarse, y que vieron diluidas sus fuerzas por la represión de que fueron víctimas y, también, por su incapacidad en convertir la potencia de su idealismo en una corriente que más allá de la crítica construyera un proyecto social con la gente de acá: nuestros trabajadores. Sin embargo, a ellos se debe una buena porción de las reivindicaciones básicas por una sociedad más justa y mejor. En la raíz de nuestro movimiento obrero –por ejemplo, en la conducción de los asesinados en Santa María de Iquique- está, entre otras, la semilla del anarquismo.

Para vivir en sociedad hemos establecido un pacto social, en virtud del cual los individuos renuncian a hacer justicia, porque el estado proveerá de justicia; renuncia al uso de la fuerza, porque el Estado proveerá seguridad con su policía y fuerzas armadas. Todo eso, impuestos incluidos, a cambio de algunas cosas básicas: efectiva justicia, efectivo orden social que tienda a la equidad, educación de calidad para todos, salud, etcétera.

En los últimos tiempos me he sorprendido preguntándome por el valor de ese contrato. Porque los contratos son de dos partes. Y a veces siento que la gente cumple, obediente, sumisa –demasiado, a veces- su parte del contrato y resulta que la otra parte, el Estado, no cumple con la suya. ¿Es, a estas alturas, válido ese contrato? ¿El Estado se da cuenta de que al no cumplirlo lo invalida?

Eso no es tema de este libro, pero en sus páginas ustedes encontrarán esa cuota de rebeldía ante la injusticia que es fundamento de la construcción de una sociedad mejor. La rebeldía ante la injusticia, fundamento de la ciudadanía y, también, de la democracia. En ello han aportado muchos, también ese puñado de idealistas que no temió en morir en la hoguera y que Sergio ha rescatado en estas entretenidas páginas. Muchas gracias.